

EL CUIDADO MISIONERO.

Introducción. Si la semana pasada hablamos en la escuelilla de la oración misionera, como un elemento nuclear y fundamental en nuestra condición de cristianos, el medio más eficaz para poder vivir el proceso de conversión, hoy ponemos nuestra atención en cómo nos relacionamos con los demás. Porque la vida que Dios nos regala es imagen de su misma vida, que es una vida compartida. Estamos creados a imagen y semejanza de un Dios que es familia, que es comunidad. Nosotros nacemos y crecemos en un ambiente que nos acoge, que nos educa, todo lo que hacemos tiene detrás alguien que nos ha enseñado a hacerlo. Desde los padres, madres, abuelas, profesores, amigos, todo es aprender porque alguien a nuestro lado nos enseña. Y esa dimensión comunitaria, familiar, colectiva, se ve amenazada por unos tiempos donde todo lo que se construye es el individualismo, la autosuficiencia, y la autonomía.

Estamos atravesando un tiempo de «zombificación» social. El tejido de los zombis está muerto, unas relaciones sanas son las que se entablan en la familia, la vecindad, las amistades, los colectivos laborales. En los pueblos todo el mundo se conocía, en las calles de los barrios aprendíamos a sociabilizar. Pero cuando se rompe la conciencia de familia, y nos sentimos individuos, exigiendo permanentemente nuestros derechos nos alejamos, nos secamos, nos necrosamos. Todo facilita el aislamiento, las casas sin vecinos, en barrios exclusivos, las monodosis de café, el teléfono móvil privado, nuestro portátil, los horarios que dificultan la conciliación de los ritmos. Casas y comunidades que parecen hoteles o pensiones, pero falta calor de hogar. Antes todo el mundo se reunía en el salón a ver la tele juntos. Hoy cada uno se pone su serie, su playlist, su dispositivo. Las contraseñas de privacidad, nuestros password, nuestro nick. Es el gran peligro de nuestra cultura actual donde todo tiene contraseña, clave, password. Sospechando de todos por si vulneran la protección de nuestros datos. Y esa sospecha también la proyectamos con nuestro Dios.

Lo que Dios nos dice. *“Pero ahora apartad también vosotros de la boca todo eso: cólera, ira, malicia, maledicencia, obscenidades. No os mintáis unos a otros, pues os habéis despojado de la vieja condición con sus prácticas y habéis revestido la nueva, que por el conocimiento se va renovando a imagen de su Creador. En la cual no se distinguen griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro y escita, esclavo y libre, sino que el Mesías lo es todo para todos. Por tanto, como elegidos de Dios, consagrados y amados, revestíos de compasión entrañable, amabilidad, humildad, modestia, paciencia; soportaos mutuamente; perdonaos si alguien tiene queja de otro; como el Señor los ha perdonado, así también haced vosotros. Y por encima de todo el amor, que es el broche de la perfección. Actúe de árbitro en vuestra mente la paz del Mesías, a la que habéis sido llamados para formar un cuerpo. Sed agradecidos. La Palabra del Mesías habite entre vosotros en toda su riqueza; con toda destreza enseñaos y exhortaos unos a otros. Con corazón agradecido cantad a Dios salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que hagáis, de palabra o de obra, hacedlo invocando al Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.” Col 3,8-17.*

Es cierto que nuestras vidas se desarrollan diariamente en una lucha entre nuestro egoísmo, o nuestra capacidad de entrega y de gratuidad. Podemos vivir en el temor o en la confianza, en el prejuicio o en la acogida. En el consumismo de quien busca poseer las fuentes de la alegría, comprar objetos sin parar, experiencias, afectos y personas. O vivir como hermanos, como hijos, que se disponen a compartir la vida que diariamente se les regala de parte de Dios. Lo cierto es que los frutos que nacen de la confianza, de la entrega, del compartir, saben a Reino de Dios. Lo que nace del oscurantismo, del aislamiento, es sectario y elitista. Nuestra vida recibe muestras de amor y de afectos, así como experiencias de soledad y de incompreensión. Recibimos valoraciones y desprecios. Sentimos que somos influyentes y respetados por ciertas personas, o experimentamos el olvido y el desprecio de otras. Esa vida tan cargada de trigo y de cizaña, de barro y de tesoro, de vida y de muerte, es la que nos invita a abrazar este tiempo de cuaresma. Abrazar agradecidos el presente, el ahora, con nuestras circunstancias, nuestra edad, nuestros logros y fracasos, nuestros errores y fallos. Porque estos que en realidad somos, es a los que Dios ama y llama.

Cómo podemos vivirlo. Nuestra misión es ver en el otro un hermano, no un competidor. Y eso con todos los de cerca y los de lejos. Ese amor que se concreta en el cuidado, primero a los que tenemos más cerca, nuestra familia, compañeros de trabajo, hermanos con los que compartimos la fe. Y poco a poco ampliar la mirada a los que están lejos. Nuestra forma de amar cada vez depende menos de a quien amar, sino que universalizamos nuestra acogida. No favorecemos grupitos cerrados, lo míos y los otros. No construimos relaciones basadas en los prejuicios, en la sospecha, en el juicio, sino en la cercanía, en la compasión, en el saber que lo que hacemos a nuestros hermanos, se lo hacemos a mismo Dios.

